

Estimada Ivania:

Le envío estas letras para expresarle mis sinceras condolencias por el sensible fallecimiento de su padre, el gran hombre y gran amigo que fue Iván Leighton.

Conocí a Iván como dirigente del Gremio Ferroviario hace ya más de medio siglo y siempre me impresionó por su bondad, su capacidad de servicio, su ausencia de ambición y su gran humanidad.

Recuerdo que al fallecer mi madre en el año 1969, Iván, Pedro Fernández y otros ferroviarios quisieron portar su urna desde nuestra casa hasta el lugar donde lo velaríamos, la Capilla de Fátima. Fue un gesto que selló la hermandad de mi familia con la familia ferroviaria de la cual éramos vecinos desde el año 1929, por vivir nosotros en la calle Portales frente a la Maestranza.

A Iván lo veía constantemente por nuestras comunes actividades políticas y sociales impresionándome siempre por su notable espíritu de servicio y su forma de entender la amistad caracterizada siempre por entregar mucho y no pedir nada.

Con posterioridad al golpe militar empezamos a vernos con más distancia por razones obvias. Sin embargo él solía pasar por mi oficina a Santiago, simplemente para verme y apoyarme por lo que yo estaba haciendo en defensa de personas perseguidas. Iván en aquellos días estaba muy triste pues habían fusilado a 11 ferroviarios simplemente por ser comunistas y, además, su Maestranza empezaba a morir lentamente, pues el nuevo gobierno quería terminar con todas las empresas estatales. Había en Iván dolor e indignación moral.

En el año 2000 empecé yo a escribir un libro sobre mis vivencias y experiencias de muchos años, especialmente entre los años 1973 y 1990. Y allí quise revivir naturalmente lo que sucedió en lugares muy queridos por mí como Paine y la Maestranza de San Bernardo. En este último aspecto recurrí naturalmente a mis amigos ferroviarios especialmente a Iván. En cuanto a Iván me ratificó lo que compañeros suyos me dijeron. Sin embargo, procurando avanzar más en lo ocurrido en dos oportunidades llegó un lugar de su relato en que Iván se quebró psíquicamente y me dijo: "Anrré (así me llamaba cariñosamente) no puedo continuar". De esta forma el libro se publicó sin su relato.

Muchos años después me hizo Iván llegar una extensa relación de los hechos. Y ahí entendí por qué mi gran amigo se quebraba emocionalmente en un momento de su relación. Simplemente él repudiando el crimen horroroso cometido por uniformados fanatizados tenía la capacidad de relatarlo. Pero le producía vergüenza y no tenía fuerzas para relatar la conducta servil de "compañeros ferroviarios" (muy pocos) frente a dicho crimen.

Fue otra expresión de la profunda humanidad de mi amigo. De su padre.

Lo abraza con mucho cariño Andrés Aylwin Azócar y Mónica.